

Pronóstico del tiempo: melancolía

Los miércoles también llueve (vol. 1)

PABLO ESTRADA

Favila, Bogotá, 2020, 227 pp.

DENTRO DE las tendencias de la literatura bogotana siempre existió un pequeño nicho para la llamada “autoficción”, relacionada también con el “realismo sucio” (movimiento literario surgido en Estados Unidos y que tuvo impacto en Latinoamérica en países como Perú y México) y con la “literatura urbana”, epíteto que en 2021 ya parece un anacronismo difícil de justificar. En todo caso, estos términos se refieren a aquellas obras en las que el autor se narra a sí mismo y sus vivencias, más o menos estilizadas, adornadas o no. Marcel Proust ejerció este tipo de escritura tomando el tiempo como materia moldeable al extremo, llenando más de tres mil páginas con ensañaciones y reflexiones. Y el noruego Karl Ove Knausgård recientemente lo puso en primer plano apelando a una “sinceridad” extrema, que a ratos se ve reflejada en la desprolijidad de la escritura misma.

Con *Los miércoles también llueve*, Pablo Estrada se inscribe en estas corrientes, pero también se aleja de ellas en diversos aspectos. Incurrir en la sordidez relacionada con el “realismo sucio”, pero intercala esos pasajes con unas “estancias” (especie de iluminaciones o instantáneas) y capítulos que funcionan como “fugas”, en el sentido de la música clásica, es decir, variaciones a partir de un tema dado. Estos últimos, como cabría esperar, están escritos con un estilo bastante diferente. Por otro lado, el libro tiene el tono confesional característico del género, pero también una prosa muy cuidada, a ratos barroca. Y, finalmente, de forma similar a las mejores obras de este tipo (pensemos en el cuarteto de Bandini, de John Fante), el autor está menos interesado en pintar un cuadro halagador de sí mismo que en poner en escena sus manías, traumas, frustraciones, prejuicios, entre otros, buscando así la dimensión humana del personaje plasmado en las páginas, que al mismo tiempo es la voz narradora.

Podría uno preguntarse si el material que conforma este tipo de libros es material literario válido, porque, finalmente, ¿cuál sería la diferencia entre una de estas obras y un diario, o incluso una conversación con un amigo (o más complicado aún, con un desconocido, pues por lo general no conocemos a los autores de los libros que leemos)? La respuesta, predeciblemente, tiene que ver con la forma, con el estilo. El título en sí ya es una propuesta, la frase “los miércoles también llueve” es una obviedad en el sentido informativo, es una respuesta a una pregunta que nadie ha formulado. ¿A quién se le había ocurrido pensar que hay un día de la semana en el que no llueve? Sin embargo el título no busca informar, sino evocar. Y hay algo fugaz y difícil de definir en ese título. Algo que se relaciona estrechamente con ese sentimiento que atraviesa toda la obra: la melancolía.

Tampoco es que la obra se resista a informar, al contrario, existen pasajes, en algunos casos agotadoramente extensos y detallados (como aquel que hace un recorrido por todas las bandas de metal sinfónico de las que se tenga conocimiento), en los que el autor da a conocer algo. Uno de los más interesantes se encuentra en el capítulo “Melancolía o”, que hace referencia al pintor neogranadino Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos:

Nos sentamos en una banca de madera de la plazoleta frente a la biblioteca Luis Ángel Arango [...]. En el centro, sobre un pedestal se erige la estatua de Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos. Quisiera hablar de la vida de quien ha sido considerado el pintor neogranadino más importante de la época colonial. Contar que nació en una ciudad centenaria en 1638, nieto de inmigrantes andaluces y de padres criollos; que nunca visitó Europa ni vio las obras maestras de Murillo, Zurbarán, el Veronés, Tintoretto, Ribera o Guido Reni, a quienes copiaba de modestos grabados monocromáticos que trasladaba a la tela o la tabla y coloreaba por su cuenta. [...] Tal legado, atemperado por la austeridad propia del frío altiplano andino, le daba un temperamento taciturno y apacible, exento de las convulsiones internas, los aspavientos y las exaltaciones de

sus contemporáneos. (pp. 50-51)

Estrada narra luego algunas de las peripecias que conformaron la gloria y la desgracia del importante pintor “que este país infame ha olvidado”. La intención de este desvío en la narración va más allá de lo anecdótico; también está allí para reforzar el sentimiento de digno fracaso dentro de una sociedad corrupta, tema que reaparece a lo largo del libro bajo diferentes guisas. Por otro lado, el caso de Gregorio Vásquez se entrecruza con el de Alberto Durero, cuya obra *Melancolía* (que adorna la portada del libro), con todos sus símbolos y alegorías, se convierte en objeto de exploración y obsesión para el narrador.



Antes escribí que el término “literatura urbana” adolece de un tufo anacrónico, en vista de que la gran mayoría de narraciones contemporáneas transcurre en espacios urbanos. No obstante, hay un aspecto que podría reivindicar el calificativo de “urbano” para la novela de Estrada. Por mucho que la ciudad parezca ahora el modo de vivir más común en el mundo, es útil considerar lo reciente que es como fenómeno, y todo lo que implicó en sus inicios y lo que sigue implicando a medida que las ciudades se hacen más grandes, inabarcables y heterogéneas. Uno no puede evitar sentirse perdido, escindido y saturado en una ciudad como Bogotá. El corte con los lazos tradicionales lleva a buscar reemplazos, casi siempre en actividades hedonistas. En este caso, el narrador de Estrada está en una búsqueda perpetua de placer, por ejemplo, idolatra a las estrellas del glam metal, ese movimiento musical de los ochenta del siglo pasado en el que la juerga, el sexo y las drogas eran los temas más recurrentes, casi exclusivos. Sin embargo, el narrador carece de la fama, el dinero y la apariencia física de estos individuos (en algún párrafo se autocalifica como un James Dean feo y con el pelo largo); su contexto es muy diferente. Por otro lado, añora la compañía de una pareja, pero solo parece concebir las relaciones como algo efímero, como algo de lo que solo la ilusión inicial vale la pena. Encuentra solaz temporal en los clásicos de la música y la pintura, pero pronto tiene

que volver a enfrentarse a la sordidez y fealdad de su realidad ineludible. Uno de los capítulos más extraordinarios del libro, “Memento”, narra un verdadero descenso a los infiernos que siempre existen en los rincones más sombríos de la ciudad. En él, luego de encontrarse con un grupo de personas que lo reconocen de algún encuentro anterior –que el narrador ha olvidado por completo–, se relata un recorrido etílico por callejones oscuros que termina en una tétrica taberna en el fin del mundo:

Andamos luego por una zona derruida, entre estrechos recovecos que se abren a espacios baldíos donde antes hubo una construcción que ha sido demolida. A lo lejos se ve un pequeño grupo de personas apiñadas en torno a una fogata encendida en una caneca de basura. Entramos en un cuchitril con algunas mesas desvencijadas y canastas de cerveza en lugar de bancas. Hay una rockola y un mostrador, tras el cual está una mujer obesa de edad indeterminada, quien nos trae media botella de aguardiente. Ellos hablan, si participo debo decir incoherencias porque no tengo la más remota conciencia de lo que digo... Una sábana sucia sirve de cortina en el tabique de la pared que hay en el cuchitril; de atrás de esta sale una niña de unos 13 años. (p. 205)

Lo que sigue es predecible en su crudeza, impredecible pues no son los hechos que uno espera, y consecuente con la brutalidad de los mundos subterráneos que medran en la periferia de nuestras sociedades *urbanas*.

Al final no se puede hablar de la redención del narrador, mucho menos de lecciones aprendidas. Este primer volumen es menos y más que eso, es una vorágine que permite al lector ingresar, maravillado, escandalizado, al mundo interior de Estrada, quien con esta primera entrega ya traza el camino de uno de los viajes más salvajes y logrados dentro del fugaz género de la “autoficción” colombiana.

Eloy Caicedo